



OPINIÓN

Morena, los panistas y las contradicciones del pragmatismo

Por Armando Reyes Vigueras

Morena no quiere a los panistas, pero los necesita. La paradoja se hizo evidente en la Cámara de Diputados, donde, a pesar de la reticencia inicial para ceder la presiden-

cia, aceptaron finalmente a Kenia López Rabadán.

El motivo oficial: cumplir el reglamento interno y el acuerdo entre bancadas; el subtexto: mostrarse como un partido abierto al diálogo. Pero la realidad mostró otra historia, el deseo por contar con una foto en la que la presidenta Sheinbaum y el nuevo presidente de la Corte, Hugo Aguilar, estuvieran flanqueados por los presidentes de las Cámaras de Diputados y de Senadores, ambos de Morena.

Este rechazo, que se manifiesta en fustigar a los panistas a la menor provocación y culparlos de los problemas del país, coexiste con una pragmática aceptación. Un claro ejemplo es la relación con

Este rechazo, que se manifiesta en fustigar a los panistas a la menor provocación y culparlos de los problemas del país, coexiste con una pragmática aceptación. Un claro ejemplo es la relación con Felipe Calderón, uno de los "villanos favoritos" de la 4T

Felipe Calderón, uno de los "villanos favoritos" de la 4T. A pesar de los señalamientos, Morena no dudó en sumarle a sus filas a dos colaboradores cercanos al expresidente: Manuel Espino, hoy diputado federal, y Germán Martínez Cázares, exdirector del IMSS y senador. Ambos fueron parte de la estrategia que, en su momento, catalogó al ahora expresidente López Obrador como un "peligro para México".

La contradicción se extiende a las candidaturas. A la hora de postular a aspirantes en estados donde el PAN tiene una base de votantes sólida, Morena no duda en respaldar a expanistas. Los casos de Alma Alcaraz en Guanajuato y Joaquín Díaz Mena en Yucatán son ilustrativos de esta

estrategia.

El rechazo visceral que muchos morenistas expresan por "todo lo que huele a panismo" parece desvanecerse cuando el pragmatismo político lo exige. La necesidad de votos para sacar adelante iniciativas, como la reforma judicial en el Senado, ha

llevado a Morena a recibir con los brazos abiertos a figuras como Miguel Ángel Yunes Márquez, a pesar de haberlo acusado de múltiples delitos. Aunque Yunes desistió de afiliarse por las protestas de la gobernadora veracruzana, Rocío Nahle, el episodio revela una disposición a ceder en principios ideológicos a cambio de apoyo legislativo.

Esta misma dualidad se refleja en la presencia de figuras polémicas provenientes del panismo dentro de Morena. La lista es larga e incluye al alcalde de Ciudad Juárez, Cruz Pérez Cuéllar; el ex titular de la Profeco, Ricardo Sheffield; la exsecretaria de Economía, Tatiana Clouthier; el exgobernador de Chihuahua, Javier Corral —quien en su momento llegó a calificar a Morena como una "secta"—; el exsenador José María Martínez, y los exalcaldes de

Tijuana y Miguel Hidalgo, Jorge Ramos y Gabriela Cuevas, entre otros.

Sin embargo, esta aparente inclusión tiene sus límites. Al revisar el gabinete de la presidenta Sheinbaum, es notable que a los expanistas no se les han asignado cargos relevantes. Pareciera que son bienvenidos en el movimiento, pero no en posiciones de poder o de alta responsabilidad.

En conclusión, la relación de Morena con los panistas es una de necesidad y conveniencia. El movimiento se presenta como incluyente, aprovechando la ambición de los expanistas para continuar con sus carreras políticas, al mismo tiempo que mantiene una narrativa de confrontación. La lección es clara: en la política, la ideología a menudo se dobla ante el pragmatismo de los votos y el poder.



Foto: X @MYunesMarquez